

Los índices de la revista pueden consultarse en el HAPI (Hispanic American Periodical Index), en la MLA Bibliography y en DIALNET.

Octubre-diciembre 2011
Año XVII, Número 51, vol. 19
ISSN 14052687

DIRECTORIO



The University of
Texas at El Paso



TECNOLÓGICO
DE MONTERREY®



EDICIONES
EÓN

The University of Texas at El Paso
Department of Languages
and Linguistics

Dirección

Fernando García Núñez
Luis Arturo Ramos

Consejo de Redacción

Selfa Chew
Miguel García Miranda
Juan Pablo Román Alvarado
Itzel Guevara
Azucena Hernández Ramírez
Agustín Abreu Cornelio

Rector de la Zona Metropolitana de Monterrey
David Garza Salazar

**Director de la Escuela de Negocios,
Ciencias Sociales y Humanidades
del Campus Monterrey**
Humberto Cantú Delgado

Ediciones Eón

Director General
Rubén Leyva Montiel

Dirección Editorial
Saúl Ibargoyen
Sergio Mondragón
Luciano Pérez

Editores

Mario Calderón
Gustavo Ogarrío

Departamento de Literatura

Rocío Albañil
Alejandra Silva
Sabrina Horowich
Karla Cecilia Velázquez

CONSEJO EDITORIAL

José Ramón Alcántara Mejía	Universidad Iberoamericana, Campus Cd. de México
Anadeli Bencomo	University of Houston
Jacqueline E. Bixler	Virginia Tech
Juan Bruce-Novoa †	University of California, Irvine
Ma. Esther Castillo García	Universidad Autónoma de Querétaro
Russell M. Cluff	Brigham Young University
Fidel Chávez	Tecnológico de Monterrey, Campus Monterrey
Gabriela de Beer	City College of New York
Esther Hernández Palacios	Universidad Veracruzana
Samuel Gordon	Universidad Iberoamericana, Campus Cd. de México
Nora Guzmán	Tecnológico de Monterrey, Campus Monterrey
Seymour Menton	University of California, Irvine
Kirsten F. Nigro	University of Texas at El Paso
Federico Patán	Universidad Nacional Autónoma de México
Alfredo Pérez Pavón	Universidad Veracruzana
Renato Prada Oropeza †	Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
Cécile Quintana	Université de Poitiers, Francia
Víctor Hugo Rascón Banda †	Sociedad General de Escritores de México
Miguel Rodríguez Lozano	Universidad Nacional Autónoma de México
John Skirius †	University of California, Los Angeles
César Antonio Sotelo Gutiérrez	Universidad Autónoma de Chihuahua
Vicente Francisco Torres	Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco
Ana Lúcia Trevisan	Universidade Presbiteriana Mackenzie, Brasil
Felipe Vázquez	Universidad Autónoma de la Ciudad de México
Raymond L. Williams	University of California, Riverside

HECHO EN MÉXICO

Crítica • Ensayo

Panorámica

- 7 Breves instantes de una década:
narrativa mexicana, 1980-1990

Miguel G. Rodríguez Lozano

- 19 Poéticas de la posmodernidad en tres
novelas de la frontera

Óscar Godoy Barbosa

Narrativa

- 25 Los dos lados del lente: la ciencia y la
sensibilidad en *La piel del cielo*, de Elena
Poniatowska

Nataly Tcherepashenets

- 33 La construcción literaria de un nuevo
prócer en la novela *El virrey*, de J. M.
Villalpando

María Isabel Terán Elizondo

- 43 La intriga y la ironía en *Los argentinos
no existen*, de Luis Arturo Ramos

Renato Prada Oropeza †

TIANGUIS

- 53 “Octubre era una de las pocas cosas que
llegaban”

Raciel D. Martínez Gómez

LA TRIBU DE LA CASA

- 59 Desalmado

Dayan Gamboa

- 65 A dos pasos del infierno

Alberto Waldemar R.

BIBLIOGRAFÍA ANOTADA

- 69 Uno habla de lo que sabe

Antonio Moreno Montero

- 71 Notas sobre una poética de la desolación

Magali Velasco Vargas

- 75 *Mujeres, indígenas, rebeldes, zapatistas*

Nayeli Zarate González

- 77 Rondas múltiples al vigía

Rodrigo Hernández Vera

La construcción literaria de un nuevo prócer en la novela *El virrey*, de J. M. Villalpando

María Isabel Terán Elizondo
Universidad Autónoma de Zacatecas

Gaceta de México: "[...] el virrey [Bernardo de] Gálvez era columna, apoyo y defensor de la felicidad pública, consuelo de los pueblos, gobernante cristiano, héroe y admirable benefactor, insigne bienhechor y verdadero *padre de la patria*" (Villalpando 104).

Resumen

Este ensayo se enfoca en el análisis de la construcción literaria de Bernardo de Gálvez, Conde de Gálvez y virrey de la Nueva España entre 1785 y 1786, como un héroe precursor de la Independencia de México en la novela *El virrey*, de José Manuel Villalpando. A partir del propio texto, el trabajo analiza por qué el autor escoge este personaje para convertirlo en protagonista de una novela histórica, y qué estrategias literarias emplea para construir y sostener a su personaje heroico.

Palabras clave: Literatura mexicana contemporánea, novela histórica, el mundo colonial desde la novela mexicana contemporánea.

EL 3 DE NOVIEMBRE DE 1784, Matías de Gálvez, cuadragésimo octavo virrey de la Nueva España, murió en la ciudad de México, víctima de extrañas dolencias después de una corta administración.¹ El 17 de junio del año siguiente su hijo Bernardo, héroe de Pensacola y Conde de Gálvez, entró en la capital de la Nueva España como su sucesor.² Su regencia también sería breve, pues moriría el 30 de noviembre de 1786, aquejado por una enfermedad desconocida. A menos de un año de este deceso y en circunstancias igualmente insólitas, moría también José de Gálvez,³ el todopoderoso Ministro de Indias y gran impulsor de las reformas borbónicas, hermano de Matías y tío de Bernardo.

¹ 1717-1784. Hizo su entrada solemne en la ciudad de México el 28 de abril de 1783. Durante su breve regencia realizó mejoras urbanísticas y administrativas. Fundó en 1784 la Academia de las Nobles Artes de San Carlos.

² 1746-1786. Héroe militar en la guerra contra los ingleses. Como virrey fue muy popular. Realizó obras públicas y de beneficencia, e inició los trabajos de edificación del Castillo de Chapultepec.

³ 1720-1787. Marqués de Sonora. Visitador de la Nueva España. Entre sus actuaciones más destacadas se encuentran la destitución del virrey Cruilles (1776) y la ejecución en la Nueva España de la cédula real que ordenó la expulsión de los jesuitas (1767). Además, impulsó y aplicó las reformas borbónicas reorganizando el sistema administrativo y fiscal, creó el ejército regular, introdujo en América el sistema de intendencias, etcétera.

Las misteriosas muertes de estos personajes, el poder que ejercieron y sus supuestas aspiraciones políticas son algunos de los tópicos que aborda la novela *El virrey*, publicada en 2001 por el historiador y narrador José Manuel Villalpando.⁴ ¿Por qué este autor escoge a Bernardo de Gálvez como protagonista del relato?, ¿por qué lo considera un héroe?, y ¿cuáles son las estrategias literarias que utiliza para erigir sus proezas? Estas son las cuestiones que se propone disipar este ensayo.

Más que literarias, la novela *El virrey* tiene pretensiones históricas, pues le sirve al autor de pretexto para exponer dos hipótesis que habían sido planteadas como sospechas por otros historiadores: que Bernardo de Gálvez quería independizar a la Nueva España y convertirse en su rey, y que hubo una conspiración orquestada desde la corte real para matar a los miembros de la familia Gálvez y frenar el poder que habían alcanzado. El autor confiesa este propósito en un *post scriptum* donde además aclara los límites entre la ficción y la historia: lo que cuenta es verdadero “en esencia”, pues “tiene sustento en una gran investigación, resumida en un listado de fuentes consultadas [...]”; por lo que su versión novelada “es auténtica y verificable” (179).⁵ Esta reivindicación histórica se justifica narrativamente gracias al manido recurso del hallazgo de un manuscrito, en este caso “el cartapacio de recuerdos de doña Felicitas de Saint Maxent”, viuda de Bernardo de Gálvez.

El recurso literario que detona el proceso narrativo es el asesinato por envenenamiento de Felicitas, quien tiene el papel de narradora. Este hecho introduce desde el inicio al lector en el conocimiento de las dos hipótesis ya mencionadas: el

proyecto libertario y el complot contra los Gálvez. Y es la propia víctima, una Gálvez por matrimonio que se asume como parte del clan acosado, quien en el relato reactiva involuntariamente la maquinaria de la supuesta conjura –pasiva durante algunos años– por su indiscreción durante una conversación con Humboldt antes de que éste se embarcara rumbo a América, en la que habló de más sobre el tiempo en el que su marido gobernó la Nueva España.

Reconociendo los síntomas del envenenamiento por ser idénticos a los que padecieron su esposo, su suegro y el poderoso José de Gálvez, la viuda decide emplear el tiempo que le queda de vida escribiendo sus recuerdos para reivindicar la imagen heroica de Bernardo, empañada por la sospecha de traición, dejando constancia de *la verdad*. Una *verdad vox populi* que ella sólo termina de conocer pero no de admitir al inicio/final de la historia que evoca, porque se le fue develando a través de los años debido a que su papel en la novela es fungir sólo como narrador testigo.

En principio, esta reivindicación está dirigida exclusivamente a sus hijos. Sin embargo, en sus memorias no se dirige a ellos en segunda persona sino en tercera: “Me importa mucho dejarle[s] a mis hijos esta constancia”, “mis hijos [...] sabrán perdonarme”, etcétera, por lo que en el fondo el destinatario del texto que la narradora tiene en mente es alguien diferente, quizá el rey o los detractores de la buena fama de su marido.⁶ Esta estrategia le permite al autor dirigirse también a otro tipo de público: el suyo, el de los lectores del siglo XXI que poco o nada saben sobre la vida y acciones de Bernardo de Gálvez y, por tanto, a los que puede persuadir de su heroicidad.

En la novela conviven dos propósitos, ambos con intenciones aparentemente históricas y de verdad: el literario –es decir, el que motiva el relato de Felicitas de Saint Mexant– y el histórico del autor. Sin embargo, la intención histórica que supone objetividad no cumple con esta condición por varias

⁴ Divulgador de la Historia, es autor de otras novelas históricas como *MI gobierno será detestado* (2000). Coordinador ejecutivo de los programas de la Comisión organizadora de los festejos del Bicentenario de la Independencia y Centenario de la Revolución. Director del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones en México. Coordinador de la línea de Investigación Histórica de la editorial Clio.

⁵ La obra cae, sin embargo, en algunos errores históricos, como por ejemplo usar indistintamente los términos *mexicanos* y *novohispanos*, cuando el primero refería en la época a los indígenas, y cuando mucho a los habitantes de la ciudad de México, mientras que el segundo, más correcto, alude a los habitantes de la Nueva España.

⁶ Incluso le ofrece explicaciones a ese lector hipotético: “Pero no se piense mal”, refiriéndose a la familiaridad que se permite en el trato con Humboldt (15).

razones: la primera, porque el autor escoge como voz narrativa a la viuda del héroe; la segunda, porque le da el papel de un narrador testigo que sólo puede dar fe de una parte de los hechos, aquellos a los que podía acceder de manera directa desde su esfera de mujer y esposa, pues los demás los conoce indirectamente, en la medida en que el propio Bernardo u otros personajes se los refieren, criterio de veracidad basado en el principio de autoridad, que incluso para la época en la que se ubica la historia era ya cuestionado por la Ilustración en favor de la crítica de fuentes; y la tercera, porque la misión que le delega a la voz narrativa es preservar la honra de su marido, por lo que se mantiene fiel a una imagen idealizada de él, a quien defiende incluso cuando choca con las versiones de otros personajes, por lo que su percepción es inevitablemente parcial. La obra, por ende, debe leerse tanto a nivel literario como histórico como *una apología* de Bernardo de Gálvez, al cual se muestra como un héroe militar y político al que no le falta la dimensión humana para darle credibilidad.

Limitada por el poco tiempo que le queda de vida, la voz narrativa debe alcanzar su propósito no sólo seleccionando intencionalmente aquellas acciones, virtudes o rasgos del carácter del héroe acordes con sus propósitos, sino que además deberá exponerlos de manera sintética. De allí que la novela no tenga una verdadera acción, sino que se estructure como un conjunto de episodios breves cuyo hilo conductor es la caracterización heroica de Bernardo de Gálvez.

Estos episodios están organizados cronológicamente en cinco apartados que simbolizan, bajo la metáfora de las fases de la Luna, las etapas de la vida del protagonista: "Luna nueva" (1765-1776) comprende la época de su formación militar y política, parte de la cual se dio en la Nueva España cuando acompañó a su tío José durante sus años de Visitador. En este apartado, la historia se reconstruye a través de recuerdos ajenos evocados por Felícitas a partir de la narración que el propio Bernardo de Gálvez hacía de ellos: "Me platicó", "como decía", "me contaba", "me confesó", "le escuché decir".

El resto de los apartados esbozan una historia conocida a medias por la voz narrativa, testigo presencial de sólo parte de los sucesos: "Luna creciente" (1776-1783) reseña los triunfos militares y políticos de Gálvez, su matrimonio y su coronación como un héroe con la toma de Pensacola. "Luna llena" (1783-1786) describe las circunstancias que lo llevaron a ser virrey de la Nueva España y las acciones que lo elevaron a la cúspide de la popularidad política. "Luna menguante" (1786-1787) da cuenta de los excesos del poder que lo llevaron a la pérdida del favor real y a su muerte, y "De nuevo la luna nueva" (1787-1799) explora las consecuencias de la sospecha de traición.

Contada en retrospectiva, la historia inicia en Aranjuez, en abril de 1799, con el envenenamiento de Felícitas y la escritura de sus memorias, y concluye en mayo del mismo año justo antes de su muerte, aunque los recuerdos abarcan un periodo de siete lustros. Ocasionalmente, la narración da algunos saltos hacia adelante o hacia atrás, mediante frases como "Pero eso lo diré después", "Después de algunos años escuché", "Más tarde, ya en México, sabríamos", "Como ya lo he dicho antes", "Me estoy adelantando a los hechos", etcétera. Además, la historia es completada por el autor en un epílogo que incluye en el *post scriptum*, donde indaga la historia posterior de algunos de los personajes.

A lo largo de la narración, la caracterización de Bernardo de Gálvez es ambivalente, pues la pretensión de mostrarlo como un héroe pero también como un ser humano con debilidades y defectos lo convierte en un personaje contradictorio y voluble, casi en el límite de lo incoherente. Así, mientras que por un lado es descrito como caballeroso, desprendido, noble, gentil, galante, entusiasta y de buen humor, por otro aparece como irreflexivo, temerario, caprichoso y obcecado, poco afecto a los protocolos, pues lo mismo le enseñaba a la cocinera a guisar un pescado "a la española" (62) que salía corriendo del palacio virreinal sin bastón de mando, sin sombrero y sin escoltas (103); se encaprichaba con montarse en un globo aerostático para "ver la ciudad de México desde las alturas" (98), bromeaba temerariamente

sobre asuntos religiosos,⁷ o expresaba sin recato sus emociones —“Se puso pálido”— cuando le informan la muerte de su padre (88); “Casi se le salen los ojos de las cuencas” cuando lo nombran virrey de la Nueva España (90). Se ríe de las recriminaciones del arzobispo o de la ironía de que a su tío le otorgaran el título de Marqués de Sonora, cuando fue allí donde perdió la cordura (109), y llora sin pudor en público lamentando las desdichas de sus gobernados:

Bernardo se apostó en la calle y le habló al pueblo [...] con los ojos llenos de lágrimas, dijo que él no podía permanecer impávido mientras sus compatriotas se morían de hambre. [...] Al día siguiente, Bernardo volvió a llorar al salir de palacio. Espontáneamente lo rodeó una multitud de pobres que lo llamaban ángel de Dios, padre de la patria y otras frases del más sincero y verdadero agradecimiento. Bernardo, muy emocionado, no paraba de llorar (103).

Este último episodio, que parece develar la sensibilidad, humanidad y caridad de Bernardo de Gálvez, se inscribe, sin embargo, en un pasaje en el que su viuda, recordando su época de virrey, enumera los muchos beneficios que en el corto tiempo de su regencia trajo a la Nueva España; es decir, responde a su objetivo de reivindicar la imagen política de su marido, independientemente de que el propio relato ponga en duda si los sentimientos expresados por el héroe son sinceros o forman parte de una estrategia política publicitaria para ganarse a los novohispanos.

A lo largo de la obra, el perfil heroico de Bernardo de Gálvez mantendrá esta ambivalencia que cuestiona la sinceridad o premeditación ventajosa de sus actitudes y actos, e incluso su sensatez. Por ejemplo, en el aspecto moral, se insiste en que tenía un alto concepto de sí mismo, de tal forma que nunca se engañó acerca del papel que jugaron el poder e influencia de su tío José en su carrera militar y política:

⁷ “Bernardo bromeaba y se reía de mis miedos, diciéndome que él no tenía madera de redentor, no fuera que saliera crucificado. Sus blasfemias me asustaban todavía más y me levantaba para santiguarme con agua bendita” (82).

[...] el más favorecido por el tío José fue su sobrino Bernardo, mi marido. Primero lo llevó consigo durante la primera parte de la visita a México; luego lo envió a probarse en la batalla combatiendo apaches en Chihuahua; más tarde le confiaría el gobierno de la Luisiana; luego el mando de las operaciones contra los ingleses en el Golfo de México; enseguida la Capitanía General de Cuba y, por último, también el virreinato de la Nueva España (20).

Aun así, aceptó los frutos del nepotismo confiado también en sus propios méritos, el más célebre de los cuales fue haber entrado solo con su barco Galveston a la bahía de Pensacola, hazaña que dio pie a una victoria sobre los ingleses que lo convirtió en el más grande héroe español desde la época de la Conquista.

Otra virtud que se le atribuye es la lealtad a la familia, a los ideales, al rey y a la patria, pues ya advertíamos que la voz narrativa prefiere creer en su probidad y atribuir las acusaciones de traición a los envidiosos y murmuradores que no faltaron en su vida, porque al parecer sus actitudes provocaban disgusto, y los ascensos en su carrera militar y política —logrados por méritos propios u otorgados por el nepotismo— incitaban envidias.

El personaje es descrito también como un hombre piadoso que reza el rosario, defiende “que primero era la devoción y luego la diversión” (100), solicita el viático y se preocupa por la salvación de su alma (124), además de que muestra compasión y piedad por el prójimo, al grado de condonarles la sentencia de muerte a unos reos y donar su herencia paterna para alimentar a los necesitados.

Pese a ello, la novela mantiene siempre vagos los límites entre las intenciones virtuosas o maliciosas de las actitudes o acciones de Bernardo de Gálvez, pues la seguridad en sí mismo podía ser interpretada también como vanidad y soberbia, y la generosidad quedar desvirtuada si estaba motivada por la vanagloria. De este modo, se encuentran en permanente conflicto dos visiones del héroe: la de la voz narrativa que defiende su honorabilidad, y la de aquellos que desconfiaban de sus intenciones, aunque, por supuesto, atrás de ellas está siempre presente la del autor, que orquesta ambas.

En el terreno militar, al héroe se le atribuyen virtudes como la audacia, el arrojo, el coraje, la valentía, la honra y la generosidad; esta última, por ejemplo, mostrada al liberar a los ingleses vencidos en la batalla de Pensacola, "pues, como caballero que era, sabía apreciar la gallardía de un enemigo vencido con honor" (67). Pero se le reconocen principalmente tres, que lo mismo le sirven en el campo de batalla que en la arena política.

En primer lugar, su capacidad de influir en la gente mediante una sentida y apasionada elocuencia, pues sus palabras "impresionaban a sus oyentes y estrujaban el corazón" (59). Esta estrategia le sirve tanto para convencer a sus incrédulos subordinados de atacar a los apaches cuando era un joven teniente (27-28), como para convencer a los ricos novohispanos de ayudar a los afectados durante la crisis de 1785:

[...] al oír las poderosísimas y cristianísimas razones que les expuso Bernardo, accedieron a ayudar no sólo con dinero, sino hasta estableciendo ellos mismos, en sus palacios, servicios de comida para los desamparados. Se vio en México por vez primera el ejemplo de que era posible la conmiseración de todos por el dolor ajeno (102).

En segundo término, su habilidad para idear estrategias temerarias pero asertivas, como las que utilizó para vencer a los ingleses y para salvar a la Nueva España del hambre y la falta de empleo. Y, por último, su nivel de compromiso con las causas que abanderaba, lo que predicaba con el ejemplo:

La comida que se diera a los pobres tenía que ser de buena calidad, pues así lo exigió Bernardo, quien, para cerciorarse del cumplimiento de sus órdenes, lo mismo aparecía en algún hospicio que en alguna de las filas [...] y comía de lo que allí daban en compañía de los pobres, que lo llenaban de bendiciones y buenos deseos (102).

En el aspecto político, Bernardo de Gálvez es mostrado como un hombre ilustrado que defiende como mejor forma de gobierno el despotismo impulsado por Carlos III, que ya desde la época

de su primera visita a la Nueva España había tenido oportunidad de observar y asimilar durante la ejecución de la cédula real de expulsión de los jesuitas:

Aprendió de ellos la manera de ejercer el poder y dominar a los hombres. Apreció su conducta controlada a pesar de los riesgos del momento. Los observó en su trato, que cambiaba de la suavidad a la dureza, según lo ameritaran las circunstancias. Supo distinguir, gracias a ellos, cuándo usar la crueldad y cuándo la tolerancia, cuándo aplicar el castigo y cuándo ser indulgente, cuándo arriesgar y cuándo ser prudente (23).

Su postura es congruente con los ideales de la época, por lo que defiende la idea de que todos los hombres son iguales y los pueblos tienen el derecho de autogobernarse; se interesa por la experimentación, disfruta de diversiones y espectáculos modernos como globos aerostáticos y autómatas (98),⁸ y prefiere practicar una religión intimista más que asistir a las ceremonias públicas más vinculadas a una tradición contrarreformista y barroca:

Era cierto que no le gustaba asistir a las largas unciones religiosas, que le molestaba sobremedida acudir a las procesiones y escuchar los engolados sermones, que nunca quiso exhibir su fe católica más allá del ámbito doméstico. Pero era igualmente cierto que era profundamente creyente, asistía a misa todos los días en la capilla de palacio o en cualquier pequeña iglesia, comulgaba frecuentemente y nos acostumbró a toda la familia a rezar el rosario (116).

Además, como reseña la novela, deseaba el progreso, la utilidad pública y el bien común que procuró a los novohispanos mediante la implementación de obras públicas como el empedrado de las calles, la construcción de fuentes y acueductos, la reparación de iglesias y conventos, y la edificación de hospicios y de un nuevo palacio en el cerro de Chapultepec.

⁸ Aunque la obra no lo señale, Bernardo de Gálvez promovió la reforma general del teatro e introdujo la poética neoclásica (Viqueira Albán, 1987: 53-131).

Sin embargo, en su caracterización en la novela, su congruencia con su filiación ilustrada entraba en conflicto con algunas políticas de la Corona, siendo gobernador de Luisiana cuestionó la esclavitud y exigió que los esclavos fueran tratados con amabilidad y respeto (49-51), dando incluso ejemplo de ello al comer lo mismo que ellos, darles propinas por los servicios personales que le prestaban, y liberar a los esclavos de su esposa, actitudes que iban contra el acuerdo de que España respetaría las propiedades de los colonos franceses. Otro ejemplo similar es el hecho de que, en la novela, el autor asume que el apoyo que brindó a los rebeldes norteamericanos con los que sentía afinidad ideológica, fue interpretado en su época como filiación masónica y como antecedente del supuesto proyecto de independizar a la Nueva España (55-59).

Como ya hemos dicho, la novela propone que todas las acciones del héroe podían ser interpretadas desde perspectivas contrarias: por ejemplo, su postura ante la religión podía alabarse como ilustrada, pero también considerarse impía, y si a eso se le suma que Bernardo de Gálvez tenía fama de leer libros prohibidos en los que se hablaba, entre otras cosas, de asuntos políticos inconvenientes para la monarquía española, como la *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes*, de Raynal, prohibido *in totum*, que “pregonaba la libertad y el derecho a la autonomía de las colonias americanas” (84), además de traidor podía ser sospechoso de herejía, aunque, por otro lado, este delito se podía explicar argumentando que, como gobernante, le interesaba conocer el error para no caer en él.

Con la intención de persuadir al lector de que su discurso no es totalmente subjetivo, la voz narrativa expone también algunos errores de su marido, como su fracaso en la campaña militar de Argel (1775), de la que comenta: “Creo que esto es a lo que llaman orgullo español. En otros países lo llamarían torpeza” (36), o el fiasco de la primera avanzada en Pensacola (1780) fruto de su “atolondrada insistencia”, eventos que si

bien mermaron la fama de Bernardo y le atrajeron críticas, fueron pasados por alto por el rey gracias a la influencia de su tío José, quien, además del perdón real, le consiguió importantes ascensos que provocaron la envidia y animadversión de muchos, quienes lo consideraban “un consentido que debía sus grados al favor del rey por el influjo de su tío” (64).

La impulsividad e imprudencia con las que el héroe es descrito en la novela y que de algún modo ponen en duda su sensatez, explican algunas acciones absurdas, como el imperdonable olvido de inscribirse en el montepío militar que dejó sin pensión a su viuda (143), o el capricho de que su hijo sentara plaza de soldado a los tres años de edad:

Mandó llamar a un sastre y le ordenó confeccionar a la brevedad un pequeño uniforme para Miguel. Luego trajo a un sargento armero y lo mandó recortar un mosquete para adecuarlo al tamaño de un niño. Por último, al propio Miguel le enseñó a marchar, a saludar, a presentar armas y poco faltó para que en un mismo día le enseñara a disparar, si es que yo no se lo hubiera impedido. Bernardo, en su entusiasmo, no tomó en cuenta que Miguel apenas tenía 3 años. [...] Bernardo, emocionado, le dijo al coronel del regimiento de la Corona que Miguel se presentaría a jurar bandera y que luego de la ceremonia, en la que estaría presente toda la tropa, armada, municionada y con uniforme de gala, convidaría a todos a tomar un refresco, para lo cual mandó disponer la azotea del real palacio de México, único sitio donde cabrían holgadamente los más de novecientos hombres del regimiento (112-113).

Este mismo carácter contradictorio le da cierto sentido también a actitudes tan incongruentes con su postura ilustrada, como el hecho de idear estrategias inmorales para vencer a los apaches, vendiéndoles alcohol y armas para que se mataran entre ellos, táctica que la voz narrativa censura:

Es indignante, pero dejó constancia también de esto para que mis hijos sepan que no trato de ocultar lo que yo creo que son errores de su padre, que como páginas negras de su hoja de servicios, aunque su tío y hasta el rey le quedaron muy reconocidos por su gran aportación para pacificar a los indios (33).

O como el que mientras defiende a los negros permita que sus soldados corten la cabellera a los indios abatidos, o que posea una colección de enanos con los que experimenta en su gabinete científico, pese a que la voz narrativa insista en que no los maltrataba:

[...] en su testamento otorgó a todos su libertad y dotó con cien pesos de plata a cada uno para que rehicieran su vida. Eso sí, en la corte virreinal los enanos no eran bufones, ni Bernardo los obligaba a hacer payasadas; sólo deambulaban por allí, conformándose con estudiarlos en su gabinete privado (98-99).

Pero, ¿por qué el autor querría proponer como un héroe a un personaje al que describe como contradictorio? y ¿por qué un héroe español que pierde el favor real y cae en desgracia tendría que ser relevante para los lectores mexicanos? A lo largo de la obra se insiste en que el personaje es un héroe a la altura de Cortés o Pizarro. Sin embargo, las dudas sobre las intenciones de su actuación como virrey de la Nueva España, ya fueran éstas fruto de la lealtad al rey o de la maledicencia, lo denigran de esa categoría, hasta el grado de que se sospecha que pudiera haber sido mandado a asesinar por el rey, para castigarlo por su osadía y detener sus supuestos proyectos independentistas.

De esta manera, mientras para los españoles Bernardo de Gálvez cae de su pedestal de héroe por la sospecha de traición, para los novohispanos su imagen se reconstituye en la figura de un nuevo tipo de héroe patrio, pero de esa nueva patria que muchos años después se llamaría México, y la clave está en que el autor de la novela le reconoce otras dos virtudes que marcan la diferencia y que se develan sólo cuando se convierte en virrey de la Nueva España. De hecho, la novela está estructurada de tal forma que el foco de atención de toda la vida de Bernardo de Gálvez se concentra en su actuación como virrey, que se describe en los apartados “Luna llena” y “Cuarto menguante”; es decir, abarca dos quintas partes del relato, aunque se refieran a un breve periodo de aproximadamente año y medio. El resto de su vida, los 30 años que van desde 1765 a 1785, son descritos en el mis-

mo número de apartados y considerados como una “preparación” para lo que acabaría siendo el clímax de su vida: su papel como virrey de la Nueva España.

La primera virtud es su habilidad para ganarse a los criollos y los demás grupos sociales novohispanos. Impulsado por secretos motivos que bien podían interpretarse como nostalgia por una tierra en la que vivió de joven o como ambición de poder, Bernardo de Gálvez se propone ganarse el cariño de la gente. Por ello se comporta como ningún virrey lo había hecho: deja de lado el protocolo oficial y hace su entrada a la ciudad de México en un carro descubierto acompañado de su esposa, a la que además pide que haga una estratégica y promocional visita a la virgen de Guadalupe para presentarle sus respetos. Ya instalado, se presenta en público “con una sonrisa, con un saludo, con muestras de afecto y generosidad” (92), y se comporta de manera sencilla conduciendo su carruaje, caminando por las calles, asistiendo a la iglesia, el teatro, el café o las corridas de toros acompañado de su familia y sin escoltas.

Lo segundo es su postura a favor de los novohispanos, en contra de las políticas que tanto el rey como su tío José impulsaban, pero que consideraba injustas.

Las ideas de Bernardo eran otras, pero no quería entrar en disputas con el tío José ni tampoco rebatirlo, mucho menos ahora que de él provenía su nombramiento de virrey [...] se imponía la conciliación, que era difícil, pues, ¿cómo lograr que los habitantes de la Nueva España se sintieran satisfechos y contentos si no podían aspirar a ocupar los cargos públicos?, ¿cómo asegurar su felicidad y holgura si debían pagar exorbitantes impuestos?, ¿cómo conseguir su lealtad y devoción si los criollos, los mestizos, y los indios eran objeto de desprecio y discriminación? Bernardo estaba consciente de la urgencia de conciliar las instrucciones despóticas que recibió del rey y del ministro de Indias, con la tranquilidad, justicia y paz en que debía mantener al pueblo que, en última instancia, por designio divino se le encomendaba (92).

Por ello, en cuanto se le presenta la oportunidad, con la crisis agrícola y económica de 1785, intenta

remediar la injusticia anteponiendo las necesidades de la ciudad a los intereses de la Corona, condonando a los indios los impuestos y empleando el dinero de las arcas reales para paliar el hambre y reactivar el empleo incrementando la obra pública:

Bernardo decidió utilizar los caudales públicos, y en lugar de enviarlos a España para engordar las arcas reales, creyó justo y prudente, por la salud del reino, aplicar ese dinero para paliar las desgracias de los mexicanos. [...] no era caridad ni limosna lo que hacía Bernardo, era una política de misericordia para el bien común, que consistía en gastar el producto de los impuestos en beneficio de todos. En otros casos sucedió al revés. Bernardo condonó los tributos que las comunidades de indios adeudaban [...] pues pensó que era injusto obligarlos a pagar cuando por causas ajenas a su voluntad habían perdido su cosecha. Lleno de ira, me decía que nada más faltaba que los recaudadores aplicaran los doscientos azotes que marca la ley sobre las espaldas de los indios insolventes. En este caso, el que se sacrificó fue el fisco real. Ni modo, mejor la supervivencia de los indios que los banquetes de la mesa real (103).

Estas actitudes populistas y proclives a los novohispanos son las que acaban por malquistarlo, tanto con quienes tenían intereses políticos en la Colonia como con los residentes españoles, que serían sus más fieros detractores, ya que al no reconocer más distinción entre los grupos sociales que el mérito, sintieron que atropelló sus privilegios.

En cambio, para el relato, la sencillez del virrey, su compromiso con los novohispanos y su asertiva actuación durante la crisis fueron razones suficientes para que, en poco más de un año de su llegada a México, se ganara la admiración y el sincero cariño de la gente, al grado de que se le dedicaban epítetos como “salvador, piadoso varón, espejo de justicia y el más grande hombre de la Nueva España” (111). E incluso cuando murió fue aclamado como “la columna, apoyo y defensor de la felicidad pública, consuelo de los pueblos, gobernante cristiano, héroe y admirable benefactor, insigne bienhechor y verdadero *padre de la patria*” (133), como se le reconoce en la *Gaceta de México*, en el pasaje que hemos incluido como epígrafe de este escrito.

Defendiendo una postura criollista, el autor describe las manifestaciones póstumas de afecto y solidaridad con las que el virrey fue celebrado por la gente que presenció el tétrico recorrido de su cadáver, desde Tacubaya hasta la ciudad de México:

Con la ayuda de un arnés, sentaron el cuerpo uniformado de gala de Bernardo en un coche descubierto y, a paso lento, iniciaron la marcha que duró dos horas y media, pues casi eran las doce de la noche cuando llegamos al real palacio. Por el camino, miles de personas se santiguaban al pasar frente a ellos el cadáver de su virrey [...] al que muchos lloraban abiertamente; me fijé que los pobres eran los más compungidos. El clamor de la gente me impresionó más que el tétrico desfile (126).

El autor sugiere que estas manifestaciones —que llegaron al extremo de que lo sepultaran bajo el altar de reyes de la catedral, como si fuera un monarca, y que la ciudad, en agradecimiento a lo que hizo por los novohispanos, apadrinara a la hija que nació después de su deceso y a quien la viuda escogió llamar Guadalupe— estaban orquestadas por los criollos, quienes mantuvieron en todo momento una postura antihispanista. Supone, además, que todo ello consiguió que el rey —quizá temeroso de algún alboroto— se abstuviera de ordenar un juicio de residencia póstumo, lo que de algún modo disipó la incertidumbre respecto a su lealtad.

Sin embargo, la novela mantiene hasta el final la duda sobre la actuación moral y las intenciones políticas de Bernardo de Gálvez, pues pese a que la voz narrativa insiste en su probidad, admite que él no quiso defenderse de la sospecha de traición:

No quiso defenderse y yo le pedí que me dijera la verdad, que me dijera si en verdad traicionó al rey, que me dijera si era cierto que quería independizar a la Nueva España. Pero él guardaba silencio. Ante mi insistencia, sólo me dijo un día que era conveniente que yo no supiera ciertas cosas, ciertas cuestiones secretas, para no comprometerme ni a mí ni a mis hijos. Le pregunté a qué se refería y no respondió. Ahora sé por qué (122).

El pasaje mantiene la duda sobre si la negativa a defenderse estaba motivada por la indignación

ante la calumnia o por la aceptación de culpabilidad. Esta ambigüedad se reafirma más adelante, cuando se describe que, al entregar el gobierno, “no le reiteró su lealtad al monarca ni dijo nada que pudiera parecer una disculpa o una expiación para con el rey” (123).

Por otro lado, y en contra del propósito de disipar la sospecha de traición en su contra, la voz narrativa cae en la tentación de equiparar a su esposo con un monarca, sugiriendo la posibilidad de que sí conocía sus intenciones e incluso las compartía. Esto ocurre, por ejemplo, cuando dice que, durante la crisis de 1785, “los mexicanos clamaban la ayuda del cielo. Y el cielo les respondió a través de su virrey” (127), atribuyéndole cierto carácter providencial; que vestido con uniforme de gala “parecía un monarca” (127), que su retrato y sus funerales fueron “dignos de un rey” (127), y que permitió que los canónigos de la catedral lo sepultaran bajo el altar de reyes, porque “si no pudo ser rey, al menos lo sepultarían como si lo fuera” (127).

También admite que en su afán de ser popular y querido, su esposo cometió imprudentes excesos, como lanzarse al ruedo a torear y departir con proselitistas, perdiendo el decoro de su investidura:

[...] como disfrutaba mucho de la fiesta brava, autorizó que de nuevo se celebraran en la ciudad las corridas de toros, acudiendo él a todas y cada una, donde festejaba o abucheaba a los matadores, uniéndose al coro del populacho que miraba a su virrey divirtiéndose con ellos. Llegamos al extremo, que luego nos criticaron mucho, de que Bernardo quisiese entrar en la plaza conduciendo su quitrín y conmigo a un lado, como si fuera el circo romano. Ni qué decir de la reacción del público asistente. La plaza se caía de tanta ovación, que alcanzó su apoteosis cuando, en esa misma función, Bernardo se puso a torear, arriesgando su vida, embriagado por el frenesí que los gritos y aplausos le provocaban. Yo me molesté un poco esa vez, porque luego de haberle cortado las orejas y el rabo al toro por decisión del populacho, Bernardo se fue a sentar entre un grupo de mujeres de la mala vida, que lo abrazaban y lo besaban como si fuera suyo. Después me explicó que accedió a los deseos de la chusma y permitió que las rameritas lo tocaran para ganarse al pueblo. Bonita manera de

hacerlo, perdiendo la compostura y dignidad del cargo de virrey [...] (97).

Otro aspecto controvertido de su gestión, que es expuesto en la novela, fue el gastar más dinero de lo presupuestado en la construcción del Castillo de Chapultepec, para lo cual, incluso, conmutó sentencias de prisión por trabajos forzados para que fuera terminado en corto tiempo. Este proyecto, diseñado como una fortaleza en la cima de un cerro, dio pie a la especulación sobre si sería el futuro palacio real del nuevo reino independiente:

Con motivo de esta obra, lo acusaron de alentar oscuras y siniestras ambiciones bastardas, [...] que lo llevarían a traicionar a su monarca y a su nación con tal de independizar la Nueva España del dominio español, para que una vez libre, pudiera ceñirse él la corona de la patria mexicana (116-117).

Otra de las acciones que emprendió y que podía ser malinterpretada, fue la usurpación de las facultades del rey para conmutar a unos reos la sentencia a muerte. Este hecho causó revuelo porque se especuló que no fue una acción espontánea, como quiso hacer parecer, sino que fue un montaje con el que pretendía ganar popularidad entre los sectores más bajos de la población. El escándalo llegó a tal punto que el rey le pidió cuentas, y el virrey se justificó haciendo uso de sus habilidades de persuasión:

Bernardo tuvo que responderles al rey y al ministro, aduciendo en su favor que la gente de México creía lealmente que su majestad era dueño de sus vidas, que el virrey representaba a su real persona, y que además el rey es por naturaleza magnánimo y piadoso. Por estas razones, y para no defraudarlos ni destruir la ilusión con que reverencian a su majestad, decidió concederles el perdón. Al parecer, Carlos III quedó satisfecho con esta explicación, pero el tío José reprendió a Bernardo, ordenándole que en lo sucesivo se abstuviera de salir a la calle los días en que hubiere ejecuciones (111-112).

Otro atrevimiento imprudente fue encargar un retrato ecuestre de sí mismo, “honor reservado sólo a los reyes” (115), que el pintor se negó a

hacer por no “ofender a su majestad” (115), pero que finalmente realizó porque el virrey le propuso una solución intermedia:

Bernardo propuso una solución: el caballo entero, el albardón, las botas, los pantalones, el chaleco y la casaca [...] estarían nada más presentados, sin volumen, ni color, ni forma. Sólo un diseño de líneas blancas semejando alamares y resortes conformaría el cuerpo del animal y el cuerpo de mi esposo, que se confundirían para formar un todo (115).

Para el contexto histórico y narrativo, todo lo anterior podía ser visto como parte de un plan maquiavélico para ganar adeptos para la independencia de la Nueva España y la constitución de un nuevo reino, del que Bernardo de Gálvez sería el monarca (117).

Al final de la novela el círculo queda cerrado, pues desde su candidez o su complicidad, Felicitas de Saint Maxent cumple con el objetivo que se propuso al escribir sus memorias, defendiendo siempre la versión de que su marido es inocente del cargo de traición, pese a las evidencias que se le van revelando, a las que les encuentra siempre una justificación. Por su parte, el autor argumenta sus hipótesis del complot y el proyecto emancipador, aunque, en el fondo, la tesis que en realidad defiende es que la verdad sobre el papel que jugó Bernardo de Gálvez, en el supuesto intento de soberanía de la Nueva España, depende del punto de vista desde el que se le juzgue, pues si bien es cierto que para España y los españoles los indicios apuntan a que el gran héroe español traicionó a la patria y la confianza del rey en favor de las aspiraciones y proyectos políticos de su familia, encabezada por José de Gálvez, para los novohispanos, en cambio, bien podría ser considerado un héroe e incluso hasta un mártir (en el caso de que, en efecto, hubiera sido asesinado), pues encarnó el sueño criollo de libertad, a tal grado que, como ya dijimos, fue apodado como “el padre de la patria”, mucho antes que los caudillos del movimiento armado de 1810.

El personaje de don Antonio de Ulloa sintetiza el *quid* de la novela, cuando le explica a la viuda que la ambición de poder es parte de la condición humana, y su esposo, por su carácter y circunstancias, bien podía haber sido tentado por ese deseo, alentado por los novohispanos que depositaron en él la esperanza del sueño emancipador (166-168): “Los mexicanos encontraron en Bernardo al hombre adecuado por sus virtudes y capacidades, y Bernardo indudablemente se encargó de hacerles saber que él estaba dispuesto a encabezarlos” (167). Sin embargo, dejando abierta la ambivalencia que caracteriza a la novela, concluye su argumento diciendo que, aunque muchos creyeron en su culpabilidad, “otros, como él mismo, no estaban seguros, porque la conducta de Bernardo era muy ambigua y dejaba espacio para la especulación” (168).

¿Héroe? ¿Traidor? ¿Genio? ¿Insensato? El autor expone los hechos y aparentemente deja que el lector se forme su propio juicio, aunque su conclusión parece inclinar la balanza a favor del heroísmo de Bernardo de Gálvez, pues sugiere que, incluso sin conocer realmente si sus intenciones hacia la Nueva España eran sinceras o motivadas por la ambición de poder, los mexicanos deberían reconocerlo como un héroe por haber asumido una postura antihispanista y defender los intereses de los novohispanos. Con este enfoque, Villalpando construye la figura de un nuevo héroe patrio precursor de la Independencia, adelantándose con ello varios años a las celebraciones del Bicentenario del 2010.

Fuentes consultadas

- Villalpando, José Manuel. *El virrey*. México: Planeta/Conaculta, 2003.
- Viqueira Albán, Juan Pedro. *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el Siglo de las Luces*. México: FCE, 1987. 53-131.